

NOTAS DESDE LA HAMACA¹

Andrea Jeftanovic²

Cuaderno 1

Entrada 1

Habitar la incertidumbre cansa y requiere ejercicios de imaginación.

Al desayuno nos contamos los sueños como si fuéramos una ronda de maestros chamánicos encargados de descifrar las claves descabelladas del futuro. Si bien los sueños parecen venir del pasado, le damos una proyección de horizonte y nos atiborramos de imágenes cifradas.

El padre sueña que le jalen mechones de pelo desde la nuca a la frente, y que luego, se los insertan en su oído izquierdo como pequeños juncos. Otras noches, sueña con un río abultado que trae muebles, en el barro aparecen sillas, poltronas, bancas. Un tsunami mobiliario que desemboca en una playa desierta de agua cristalina. Un sofá destartalado figura entre la arena blanca y fina y es rodeado por un semicírculo de cocos abiertos.

El hijo mayor sueña que está en medio de un bosque que se consume por un fuego que arrasa hasta que las llamas caen al océano. Se ve a sí mismo en medio de pastizales que crepitan. Se agacha y toma un puñado de cenizas. Luego, sueña con la escena del carnaval brasilero que presenciamos en las últimas vacaciones. Describe la escena tras el festejo, compuesta por las máscaras desajustadas en las cabezas, la comida vertida sobre los manteles y clava un cuchillo, con su mano derecha, en la opulencia de la papaya caribeña con su franja de pepitas diminutas.

El hijo pequeño dice que sueña con una jauría de perros. El resto del día dibuja con su mano zurda cuerpos y cabezas de galgos, pastores alemanes, bóxer en feroces

¹ Obra en progreso.

² Andrea Jeftanovic (Santiago de Chile, 1970). Escritora y docente universitaria. Ha publicado las novelas *Escenario de guerra* (2000) y *Geografía de la lengua* (2007), los volúmenes de relatos *No aceptes caramelos de extraños* (2011) y *Destinos errantes* (2016), y en el ámbito de la crítica, *Conversación con Isidora Aguirre* (2008), *Hablan los hijos* (2011) y *Escribir desde el trapecio* (2017). Ha recibido importantes reconocimientos, como el Premio Círculo de Críticos de Arte de Chile y el PEN Translates Awards. Su obra ha sido traducida al portugués, inglés, danés y turco.

coreografías. Ha tomado ideas de las enciclopedias virtuales sobre el mundo animal en las que indaga durante el confinamiento, a veces para sus tareas escolares, otras para comprender el itinerario de los pumas que han descendido a la ciudad. Dice que extraña la manada, ser un grupo aislado en la intemperie. Pinta escenas y le pone títulos. A la última, la nombra “Cacería” y esboza a los catorce perros del barrio rodeando a un puma cachorro y en una esquina un Cebú blanco con ubre cargadas de leche. Hay mordidas, entrañas y vísceras, salpicadas en un naufragio lácteo.

Yo, la madre, me sueño una y otra vez sobre una hamaca y desde ahí regreso al sol alto sobre nuestras cabezas, a la mirada de mis hijos con sus pestañas salpicadas de arena, apoyados uno contra el otro en la orilla del mar Nordestino. Sé que, cada vez que me tiendo en la hamaca, estoy meciendo angustias, dejándome envolver en una sensación uterina. En mi patio el tejido alargado y tupido cuelga de las extremidades de dos árboles y es la última imagen que me obligo a ver desde la ventana antes de que caiga la noche.

Como tribu endogámica somos las únicas cuatro personas con las que interactuamos en tres dimensiones. De las únicas que sentimos el olor entre la ropa sucia mezclada en los canastos, para los demás hemos perdido el olfato. El mundo ya no huele, ya no hiede. Vamos perdiendo experiencias sinestésicas: por ejemplo, abrazar a un amigo o chocar en la calle con el hombro de un desconocido y pedir disculpas. Nos sentimos rehenes de un secuestro del que nadie pagará rescate. Decidimos ir a habitar la hamaca colgada en el jardín.

Una hamaca acoplada a una y a otra forma un enorme paño tejido que sirve de cama y de columpio, alternadamente. Ahora soñamos las mismas imágenes, nuestros inconscientes se han trenzando en las cuatro escenas matrices de un río de muebles en una playa, de un incendio del bosque con una mesa repleta de restos de comida del carnaval, de una jauría de perros con un Cebú observando con sus ojos elípticos y de un día soleado entre los manglares de un río amazónico.

Descubrimos que, al permanecer en estado de quietud, que en la repetición de un puñado de pequeños detalles se gesta un cambio, un nudo marinero. Ya hemos acumulado mil días fuera de la vorágine del mundo exterior, replegados en movimiento oscilantes e interacciones mínimas. Somos un único cuerpo ensamblado que se sincroniza para tareas domésticas y escenas oníricas.

La hamaca es la vibración del futuro para cuando culmine la catástrofe. La oscilación de la red me susurra que hay formas que mueren, mientras otras luchan por nacer.

Tejo hebras de espera, de cuidado, de incertidumbre; las voy alternando.

Ahora sé que cuando me recuesto en la hamaca en casa, regreso a la naturaleza, al sol alto sobre nuestras cabezas, a la mirada de mis hijos con sus pestañas salpicadas de arena, apoyados uno contra el otro en la orilla del mar. Sé que, cada vez que me tiendo en la hamaca, estoy meciendo miedos, angustias, dejándome envolver en una

sensación uterina. La hamaca me hace ilusionarme con el movimiento libre cuando ahora solo hay encierro. Queda suspendida en el aire y sirve de cama y columpio.

Cuaderno 1

Entrada 2

Esta historia tiene flecos, enigmas que son madejas, a veces perdemos el hilo cuando hablamos.

Si asocio a los hijos con un tejido, diría que los colores opuestos crean la trama. Digamos que el padre es una vizcacha negra, la madre una lana blanca, el hijo mayor es un tejido marengo, y el menor, un lienzo marrón. Un campo de fuerzas que se trenza en oposición/contrarios de forma meticulosa. Digamos que, en una segunda vuelta, el padre es el azul, el hijo mayor una hebra de cachemira blanca, el menor un hilo rojo furioso, y es así como mi azul rugoso, sobre cachemira suave, y rojo mullido y un verde, arma un campo de fuerzas vibrante. Avanzamos en esa conjunción de materias opuestas, que nos amplía.

¿Escribir sobre los hijos será equivalente a escribir sobre el cuerpo en tanto genética afectiva? ¿Un pergamino en el que se inscriben las figuras que configuran una determinada cartografía filial? El cuerpo de los padres escribe el cuerpo de los hijos formando un andamiaje, íntimamente, superpuesto. A veces se esquiva la voz del hijo mayor que, en el murmullo, emite un chasquido de su lengua contra el paladar. Sus sonidos te empujan a recorrer el camino que va desde tu corazón al lenguaje y un ritmo sosegado se mece en ti. O bien, es un sabor, el de la leche agria en la comisura de su boca.

¿No es la escritura también un bastidor con hilos de algodón, que se teje entre la urdimbre y la fábula, en un proceso por el que se va ensartando la hebra de las pulsiones por arriba y por debajo, cruzándola hasta formar la red? La escritura es un cuerpo abierto expuesto al péndulo entre otros cuerpos, con otras citas, creando un área tejida y remendada hacia sus extensiones. Lo que escriba o no escriba tendrá un carácter plural en el que se injertarán referencias, irradiando y ramificándose, de este modo, hacia otros textos. Entonces, tecleo, hilo, retuerzo, urdo. Siempre, el gesto de ceño fruncido, para enhebrar el hilo en el ojo de la aguja o para fijar los ojos en las entrelíneas. Tal vez instalar sea contar es como empezar a coser; es ir por una puntada detrás de otra, anudando gestos, todo lo que se cruce.

El primer tejido sobre un tejido ligado en pedazos alrededor del ombligo como cordón filigrana.

Mi texto-quipus registra y cuenta nudos y más nudos. En el texto jalo una cuerda central desde la cual se enhebran cordeles secundarios de diversos colores, tamaños y formas. Avanzo entre la torsión y retorsión de los cordeles (SZ o ZS), desde la cuerda primaria, y luego tejo por el anverso y reverso; siguiendo la ruta de los nudos hacia la derecha y la izquierda. Me dicen que la ausencia de nudo es un

cero. Escribo mientras trenzo los hilos primarios y secundarios, a algunos le sumo una circunferencia. (aterrizar a la narración). El nudo del hijo mayor, el nudo del hijo menor. El texto entrelaza uniones que concentran mensajes con el dedal de la lectura, todo es sigilo, y desde ahí, avanzo para tejer una composición con pedazos de esas citas. Urdir entre materiales propios y ajenos, encontrar un margen de ligazón entre todas las voces. ¿Basta con la propia experiencia vital para justificar un acontecimiento en un relato ficcional? ¿Qué es lo verosímil? Ato los hilos de lana a base de pelo de llama o alpaca, los tiño y codifico valores hasta conformar un género que nos aúna y nos abriga. Somos materia reconstruida.

Entonces, nunca supimos del tesoro que estábamos acumulando en el verano, cuando éramos ajenos a la plaga: horas de sol, instrumentos musicales, canciones compartidas, cielos recortados, sal de mar, harina de tapioca. Tales son los ingredientes de los que disponemos en este tiempo de clausura.

El hilo que organiza la madeja de la tribu

El hilo de los padres

El hilo de los hijos

Ambos hilos tejidos

El hilo de los antepasados

El hilo esquivo del futuro

Pender de un hilo

Cuaderno 1

Entrada 4

La hamaca puebla mi imaginario. Me hundo en ella espiando las costuras, trato de escuchar los relatos que narraron las mujeres sentadas al telar, espiando las confesiones atadas a sus vivencias mientras se ligan lazos. El nudo de la vida se desata narrándolo, ya tomado entre los dedos para llevarlo un poco más allá. Entonces: ¿Cómo narrar cada fragmento trenzado? ¿En cada nudo disuelto?

En los diarios de los exploradores de las Américas, se ve que también designaban a la hamaca como «la cuna de los dioses» al punto que en un museo de Bogotá existe una hamaca hecha de hilos de oro. Reanudo mi lectura sobre Colón quien manejaba dos diarios. Uno oficial en que relataba a la Corona lo que veía. Otro, en el que relataba sus miedos, angustias y mentiras a la tripulación.

Señores Príncipes, allende de escribir cada noche lo que el día pasare, y el día lo que la noche navegare, tengo propósito de hacer carta nueva de navegar, en la cual situaré toda la mar y tierras del Mar Océano en sus propios lugares, debajo su viento, y más, componer un libro, y poner todo por el semejante por pintura, por latitud del equinoccial y longitud del Occidente; y sobre todo cumple mucho que yo olvide el sueño y tiente mucho el navegar, porque así cumple, las cuales serán gran trabajo.

El nudo es una energía concentrada lista para convertirse en energía expansiva: Cada «nudo», cada imagen encierra y libera tensiones de una extrañada potencia que el poder demiúrgico del escribiente, por eso anudo, ato y giro. El nudo de tres cruces es equivalente al nudo de trébol. El nudo más simple es cuando cogemos la cuerda y unimos los extremos sin anudar, es decir, es la circunferencia, en la que no existe un nudo como tal. Podríamos decir que es el no-nudo. Cualquier deformación espacial de la circunferencia, sigue siendo el no-nudo.

Nudo es un enlace que lleva a un centro; es también un lenguaje, pero sin confines. El ceño fruncido del nudo.

Cuaderno 1

Entrada 3

Decidí completar un cuaderno para cada hijo y uno para mí. Y, el cuarto, ¿sería del padre observador? ¿Cuál sería el cuaderno del padre?, ¿de qué modo registraría este suceso sin que la batalla hormonal pasara por su cuerpo? En mi caso, me dediqué a plasmar todo lo que sentía, desde el embarazo, el parto, los tiernos poemas dedicados al bebé, los controles médicos, las primeras vacunas. A veces, era un escueto mensaje. Otras, hilaba palabras inconexas como garbanzos en un plato, con la esperanza de que acabaran formando frases que sirvieran de ingredientes. O bien, eran largas cartas a un futuro o ensayos de ideas. Más bien todo cabía en el cuaderno y todo se entrelazaba: pensamientos fugaces, citas de autores favoritos, proyectos por realizar, frases escuchadas al pasar, recortes de diarios y mucho más. Era mi sala de ensayo y escribo y tacho, avanzo y retrocedo. Pruebo ideas, sonidos, nudos, me permito el balbuceo, la divagación. Y, luego, se trata de relacionar los fragmentos con una concatenación rítmica. El acto de registro se transforma en texto amplio de un cuerpo en oscilación que espera ser leído. Una estructura condensada entre la euforia y la disforia, infundiéndole al texto un soplo a medida que cada letra, cada palabra haya sido sacrificada en las ceremonias del vivir cotidiano en la reclusión.

Estoy tan cerca de la escritura, mi cabeza es un montón de hilos- frases indagando una ruta en el bastidor. Escribir como quien maneja una máquina de tejer o un telar, llevar las frases en la punta del dedo índice, allí por donde sin cesar corría el sutil hilo para buscar el canal hemistiquio o la aguda cuerda metálica de un bajo que vibra. Torcer las frases, de un lado a otro. Mis dedos son diez agujas en movimiento en una intrincada caligrafía y se ovillan dentro del cuaderno de frases y de las páginas blancas pasábamos a una filigrana oriental. Esas alfombras de jeroglíficos que piden ser descifrados. Y luego, se intuían dibujos a tinta parecidos a los se encuentran en la seda japonesa. O esas telas con letras en cirílico. O la página con la letra moldeada de los rezos de izquierda a derecha.

Sigo urdiendo en el texto unas cuerdas invasoras que se elevaban a unos pocos centímetros del suelo y creaban su propio tejido territorial, escuchar con los dedos,

una memoria de los sentidos. ¿Qué historias cuenta este quipu? ¿Serán sus nudos también la notación de unos cantos que se entonan? El quipu poliforme, tentacular crea relaciones entre las cuerdas escogemos y cómo las anudamos y desanudamos, dejando espacios vacíos.

Observo a mis hijos y pienso que el nudo es el vínculo entre los seres y su principio; es la unión que permite continuar cierto itinerario. El nudo es la articulación entre los semejantes y los contrarios. Los nudos por más intrincados no deberán cortarse. Lo esencial está en esas ilaciones, en los puntos de encuentro más que en las partes entrelazadas.

¿No será el nudo la fase embrionaria de la escritura al mensaje que destina?

El hilo de la vida, el hilo de araña que la madre corta.

La carga mental es ese hilo que trae a tus hijos a tu vida exterior.

El hilo de la letra que inventa, la memoria no tiene valor simplemente como recordatorio de eventos concretos, sino también como construcción de realidades imaginadas colgadas de una cuerda.

La escritora cimbra el cuerpo al escribir, baila, se balancea, se agita. Las palabras, las frases la sofocan en el apremio de revelar, de expresar. El acto de escritura sucede en un cuerpo limitado que excede lo imaginado. Las palabras se articulan precipitándose en una afluencia con lo que queremos decir. Durante el proceso de escritura se presentan diferentes procesos biológicos como si fueran sistemas de comunicación. Ingresar en la experiencia del cuerpo como a un texto literario.

Cuaderno 1

Entrada 5

Entre un vaivén y otro, entre el listón verde y el azul de la hamaca volví a tomar mi cuaderno de notas y escribí: ¿Quién es el autor: el hijo que cuenta la historia o la madre que registra su habla? El rompecabezas de un relato polifónico. Entre el hijo y yo debíamos combinar la autoría antes de acercarnos a un lugar sensible. Me sentía la expropiadora de sus relatos. ¿Quién es el autor?, ¿el niño o la madre? ¿Pero no hemos estado desde el inicio fusionados en un mismo cuerpo y mente? A veces al perder la trama narrativa el hijo aparecía como una figura fantasmal. En otras, yo era su ventrílocua y sus frases aparecían en mis labios y las transcribía. En realidad, ¿no éramos capaces de ser una única persona?

La metamorfosis me amenazaba. Los acontecimientos me alteraban, crecían, pero casi siempre me empujaban y tuve la sensación de ser un detalle en el tapiz familiar. No estás quieta, ¿desde dónde escribes? Yo misma me espantaba.

El niño menor elegía palabras que los demás no usaban, me sorprendía como si fuese un muchacho extranjero que hablaba a medias un lenguaje anacrónico. Encontraba las palabras con asertividad e iba hilvanado historias fantasiosas en la mesa como si

fueran rutinas. No diría que eran las palabras correctas en el lugar correcto. No, eran palabras pronunciadas desde algún otro lugar, por una boca que formaba los sonidos.

Me parecían tan fulgurantes sus desaciertos, sus neologismos, el ensayo de los sonidos rrrr paliativos, la imposibilidad de pronunciar la “d” final. Era tan asombroso cómo iba completando su repertorio fonético. Era consciente de sus ejercicios y juegos respiratorios espontáneos, de cómo iba utilizando las palabras de diferente metría, mejoraba aspectos asociados a su fluidez y ritmo verbal.

A medida que pasaba el tiempo, observaba que a nivel semántico comprendía instrucciones con tres cláusulas, recontando historias, realizando inferencias y relacionando diferentes hechos en los que rescataba similitudes y diferencias. También respondía a interrogativos argumentando que daban coherencia y cohesión a su discurso. Intercambiaba partes de una oración, comprendiendo usos morfo sintáctico de los elementos.

Los niños sueltan frases que te dejan pensando sobre la esencia de la vida, y siempre por qué, y por qué y yo no sé, no sé. Yo lo plagiaba, tomaba sus frases de una sintaxis incorrecta, sus metáforas inéditas. Imitaba sus giros lingüísticos. Él era mejor autor y yo me había convertido en su transcritora. Me dictaba, como en trance, ese libro con el que yo llevaba batallando jornadas y jornadas. Él era el genio, yo la copista. Comencé a descubrir con asombro otra manera de conjugar verbos. Comprendí que mis luchas como escritora eran un lujo, una peculiaridad mía, debía plegarme al narrador que me dictaba frases fuera de las convenciones, que creaba sus imágenes prístinas. Me dictaba frases, imágenes. Me iba a albergar en el error. El niño no es el niño que estorba sino es el autor de la ficción. ¿Era o no era el hijo la página en blanco? era el aliado en este proyecto.

Mi hijo decía “bosque” y se abría un campo semántico como una bocanada de aire limpio, un vaho verde... de clorofila. O bien pisaba la hojarasca y abría un órgano de resonancias.

Buscaba frases geniales pero la verdad mi hijo me ayudaba con sus balbuceos a desmontar el lenguaje de otro modo. Me hacía preguntas de cosas que nunca me había cuestionado, por ejemplo, ¿por qué las ventanas lloran cuando llueve?, ¿por qué el viento habla de noche y no durante el día?

Un día vi al niño en el piso siguiendo el “juego de los animales”. Era una tela acolchada en la que se presionaba una letra del abecedario que se unía al sonido del fonema y al nombre de un animal. El pequeño presionó la Ñ y apareció el Ñandú. Y luego, otras palabras Ñacara, Ñagaza, Ñajo, Ñame, Ñaque, Ñeque, Ñacurutú, Ñapango, Ñisca, Ñuto, Ñapo, Ñubla, Ñiquiñaque, Ñoñería, Ñu, Ñañigo.

Una letra es un sonido que busca una forma. La Ñ viene desde lejos. Dicen que los escribas latinos tuvieron que explorar disímiles signos para dibujar su resonancia. Probaron con “no”, “gen”, “ni”. Al final una letra ya existente les dio la base, pero con otra vibración. Los lingüistas describen así el itinerario acústico de esta grafía: el

aire escapa a través de la nariz ariscada y cuando se pronuncia el dorso de la lengua se apoya contra el paladar y emite un leve gruñido.

La Ñ empuja el inicio de pocas palabras, es artífice de una colección particular. Las letras tienen conexiones secretas, la Ñ tiene una arquitectura particular, la única que requiere un techo para dar sombra o cobijo. O, quizás, es una letra con una ola arriba que quiere navegar en el océano. Una pequeña armadura traza el jeroglífico de su soledad. Su vírgula hace que sea la única letra que no está a la intemperie. ¿De qué se protege la Ñ?

O bien, busco la Ñ en el paisaje. La imagino como una cueva repleta de murmuraciones. O, como una criatura agazapada contemplando las brasas de una fogata al anochecer. O, como un volcán ciego en una cadena montañosa en formación. Es el rumor que cimbra un bosque de abedules en invierno. A veces viajo o no viajo, pero hablo en lenguas extranjeras y la Ñ se resiste a toda traducción. Cuando formulo una idea en otro idioma, cuando tuerzo una frase, la Ñ cincela con su vibración las cuatro paredes de la casa de infancia. El origen es una forma y un sonido sin traducción.

La sonrisa del nudo.

Nudos de zapatos

Nudos de corbata

Nudo en la garganta

Nudo en el estómago

Nudo marinero